

## Las servidumbres del goce\* ⊗

Graciela Musachi

“Pasan cosas lindas en una familia”. Recordarán algunos de ustedes esa propaganda de televisión donde un joven se enteraba de que iba a ser padre. Era todo bastante encantador. Lo curioso es que la propaganda era de una marca de vinos. Así que no sabemos qué relación había entre el padre y el vino. Por otro lado, un tango: “Pobre mi madre querida”.

Ya que estamos con la familia, les voy a hacer un cuentito. Había una vez –diría desde los 40 y pico hasta los 70– en que, en nuestro país y por el psicoanálisis anglosajón, éramos todos kleinianos. Yo no era kleiniana, por supuesto, como buena representante del género, me rebelaba. Éramos todos kleinianos y todo se interpretaba en base a los monstruos que el niño ponía en el cuerpo de la madre y en las pulsiones agresivas, la posición paranoide y todo eso. Por suerte, para muchos de nosotros, vino Lacan y nos salvó con el padre pacificador, simbólico, que arreglaba todas las cosas. Eso duró poco porque apareció el pecado del padre. El padre pecador. Eso se unió con las luchas feministas contra el padre, como mostraba Elsa.

Entonces tenemos a la madre culpable, al padre culpable. ¿Cómo es la cosa? ¿Cómo es *Das Ding*? La culpa, la familia y lo que Blanchot llamaba el “principio de insuficiencia”. Elsa nos recordaba, también Alejandra, la etimología de familia, esclavo del *pater*, servidumbre voluntaria, motivada por la costumbre, la ignorancia y el interés. Una voluntad de ser siervo de esos goces. Para gozar de la costumbre y la ignorancia, esa gente pagaba un precio. Ahora bien, el goce inconsciente, el que estaba en juego, no lo conocemos. No sabemos el pago, el síntoma que estaba en juego.

Esos goces que aparecen en los síntomas de cada uno hacen que –como decimos desde hace muchos años– el futuro se invierta en repetición. El futuro viene a nuestro encuentro porque es repetición. Su tiempo gramatical es el futuro anterior. Cuando vemos a alguien repitiendo su síntoma es posible decir que cuando esa persona ya no esté, está forjando su destino. Ella habrá sido la que amó a su madre hasta la locura, por ejemplo. Forja su destino porque es el futuro que vuelve a su encuentro.

La familia, como bien lo dijo Elsa, es un artificio para ordenar ese goce. Freud, con el mito del padre de la horda primitiva, donde el padre gozaba de todas las mujeres, establece un orden para ese goce como producto del acto de los hijos que se hermanaron para matar al padre. Sí, es verdad que la sociedad de los hombres se funda en un acto, resultado del cual surge la familia, pero deja a los hijos en el desamparo. Es a partir de esa situación de desamparo radical que inventan la familia. Eso se ve en el *clip* al cual se refería Elsa. Se ven los síntomas que produce una familia, porque cuando hablamos del goce estamos hablando del síntoma. En ese sentido, todavía podemos seguir manteniendo la clásica definición de Freud del síntoma como transacción. Entonces vemos allí que el padre es el síntoma, es un síntoma que cada uno carga.

---

\* Trabajo presentado en el Seminario *Enlaces* “La familia ¿aún?”. Clase “Las servidumbres de goce”, 6 de junio de 2022.

⊗ En la edición impresa de la revista *Enlaces* n° 28 continúa esta Sección donde encontrará los siguientes artículos: “La lengua como Otro” de Pablo Russo y “¿Transmisión... o parentalidad?” de Marcela Ana Negro.

La resignación y el sacrificio en la madre; un deseo de corto alcance –como dice Lacan respecto de la trasgresión– en el hijo mayor; una hija que irá a escapar tan lejos como se lo permita su síntoma, que no sabemos cuál es, una especie de locura no sabemos si fingida o que la arrastra, tampoco sabemos cuáles son las consecuencias de esas locuras. Pero no irá más lejos que lo que le permita su síntoma, como también se ve en el libro de María Negroni. Ella se va a Nueva York y tampoco puede escapar de su madre. La otra hija sigue el mismo destino de la madre. Sigmund Freud dice que –y lo confirma Negroni– escapar del síntoma es imposible.

¿Qué es la familia para Freud? Para él, la familia no existe, existe el Edipo. Una estructura de tres que conducirá a Jaques Lacan al nudo real, simbólico e imaginario.<sup>1</sup> Es decir, un modo de abordar al ser hablante como producto de una identificación primaria, primera.

¿Qué es la familia para Lacan, más allá de su famoso texto *La familia?* Para él –creo que lo pueden haber trabajado ya– es un equívoco. En el *Seminario 16* analiza, para definir la familia, la perversión y la neurosis con el grafo.<sup>2</sup> Fíjense que estamos en un seminario muy avanzado de Lacan. La perversión la ubica en el piso superior del grafo, en el lado izquierdo donde aparecen las letras del significante del Otro tachado, es decir, del Otro que no existe o tiene una falta. Ahí ubica la perversión como una operación de restitución del objeto *a* en el campo del Otro. Por eso el perverso no lo escribe como significante del Otro tachado, sino como significante del Otro sin tachar porque le ha restituido lo que le faltaba en su campo. A ese Otro no castrado, que es la pareja del perverso, lo llama *hommelle*, es decir, hombre-ella. Ese Otro es hombre-ella porque no le falta nada. A una ella la hace hombre. Cita el film *If...* con Malcolm McDowell, del cual Lacan dice que en la comunidad de hombres homo-sexuales –hace un equívoco entre hombres sexualizados y homosexuales– ese Otro sin tachar es la esposa del rector que es, en realidad, la que maneja todo. Hay que ver la película para ver ese personaje.

Inversamente al perverso, a ese Otro con mayúscula sin tachar, Lacan ubica al neurótico en el piso inferior del lado izquierdo. La operación del neurótico es encarnar el significado de la castración del Otro, por eso lo escribe *s* (minúscula) de Otro tachado. El neurótico encarna el hiato radical en el orden del significante. Más que restituir algo al Otro, encarna lo que le falta al Otro. El síntoma se articula a nivel del enunciado, por eso lo podemos leer como analistas. No es como el perverso que se pone por fuera de esta lógica, entonces es muy difícil agarrarlo. El síntoma se articula a nivel del enunciado, se lee, porque se juega entre el yo y el deseo, cuyo sustento es el objeto *a*. No enmascara esa lógica del hiato radical en el orden del significante donde desfallece el pensamiento.

En el “drama familiar” –son palabras de Lacan– está en juego el yo y el problema de la identificación. RSI, ese es el problema. Esta operación del neurótico que lo hace encarnar la castración del Otro, él la llama la *famil*. Ahí está el equívoco, porque aquí no se trata de hombre-ella sino de mujer-él, está en primer lugar *mujer*. Entonces dice que hay un *il*, un *él* en algún lugar, pero el *a* –que lo llama liberado– no sostiene la identificación. Entonces, por supuesto, es la histeria, la doble identificación histérica, porque el *a* no la hace sostenerse en una identificación sexuada. En algún lado hay un *il*. Hay un *il* en algún lugar y un *a* liberado que no sostiene la identificación que impide resolver aquello con lo que se confronta cualquier ser humano: la castración del Otro, la estructura.

Hay –y aquí es lo que nos interesa que es el problema de la salida de la neurosis y de la perversión– que pagar por una salida que haga litoral. Esto es fantástico, es la primera vez que escucho esto en Lacan: “... un saber que sería saber que se recubre con un saber experimentado de la relación sexual tal como solo se la percibe por la aprehensión del punto al infinito, que es atolladero y aporías, pero también límite”.<sup>3</sup> ¿Se dan cuenta lo que está diciendo Lacan? Hay que gozar en la relación sexual hasta tener la experiencia de la confrontación con ese punto al infinito para que eso pueda hacer de sostén a algún saber que pueda permitir, quizás en un análisis, una salida a la neurosis.

Veamos qué dice Alejandra con María Negroni. Volvamos a Melanie Klein. Lacan dice que hizo falta una Melanie Klein en posición de niña, con ojos de niña, para tener el catálogo de los monstruos con los que el niño habita la imagen de la madre. Monstruos que también habitan a la madre. Esto está en el texto sobre Gide. Lacan dice que Freud se dio cuenta de esto, tempranamente, antes de sus textos sobre la feminidad y la sexualidad femenina. No dice cuánto antes, creo que es en “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica”. La mujer a la que le palpitaba el clítoris, que estaba ligado a una máquina fotográfica. Dice ahí Freud que se trata de una madre espía y perseguidora que hace la vida imposible a la hija sin separarse de ella. Entonces dice Lacan que Freud se dio cuenta de que las pulsiones agresivas kleinianas son demandas dirigidas al Otro del que se depende, es decir, a la madre. Un nudo que hace equivaler demanda de muerte a muerte de la demanda. Ahí está el *impasse*. No dice quién es el sujeto de esa demanda. Evidentemente se produce entre la madre y la hija: demanda de muerte a muerte de la demanda, que más tarde Lacan nombra "deseo de muerte". Deseo de muerte de la madre que es el origen. Es equívoco. Como dice bien Negroni, es una confusión: no se sabe quién le desea la muerte a quién. En el *Seminario 5*, Lacan dice que es un deseo criminal, sin mediación.

Si ustedes leen bien el libro de María Negroni, ella hace equivaler Madre, que escribe con mayúscula, a muerte. Alejandra dice bien que detrás de la demanda al padre, lo que traducimos nosotros como *pennisneid*, o sea empeño en el pene –como decía Germán García, *empeño* en el pene, no *envidia*– está la demanda a la madre, que mantiene a la niña en el amor, el odio y la ignorancia.

En el epígrafe que citaba Alejandra, Jaques Lacan responde qué espera una niña de la madre. Del padre espera el pene o el hijo. Pero ¿qué espera de la madre? Acá tenemos un problema. Escribí un texto que se llama “Las hadas buenas”, en mi libro *Encanto de erizo*, donde descubrí que hay distintos modos en los que aparece lo que la hija le pide a la madre. En la versión francesa no dice “sustancia”, dice “subsistencia”. En varios lados dice “subsistencia” y en otros “sustancia”. Hice una investigación y es un problema filosófico, no es sustancia de goce ni nada traducido muy simplemente. Hay una diferencia específica entre sustancia y subsistencia en la filosofía. Entonces ella espera, para mi gusto y según lo que he leído, no sustancia sino subsistencia. Pero hay que entender la diferencia. Esta respuesta, que la niña espera más subsistencia que del padre, implica que el empeño, el falo, no es lo que ella espera de la madre. Hasta aquí hay un problema.

El inconsciente está estructurado como un linaje que permite contar las generaciones: mi padre que era ingeniero, el abuelo que era ingeniero..., se retrocede hasta cierto punto, hasta cierta numeración. Los reyes y las reinas se nombran con números, entran en ese mismo sistema. Si el inconsciente está estructurado como un linaje que permite contar las generaciones, la madre en su linaje es innumerable porque

es el origen. Es un reflejo al infinito, se anuda en un punto al infinito, propio de la estructura real-simbólico-imaginario.

Quizás por eso Jaques Lacan dice en “Ideas directivas para un congreso sobre sexualidad femenina”, que la orientación de Klein hacia la madre es una promoción conceptual de la sexualidad femenina. Es decir, *La madre* no existe porque la ecuación niño = falo la hace subsistir no toda. Eric Laurent ha podido decir, comentando la obra *La señora Klein* –donde se especifica la relación de Melanie Klein con sus dos hijas–, que cada una de ellas, la madre y las dos hijas, da vueltas en redondo, leyendo muy bien la falta de la otra pero sin poder llegar a decir la suya propia. Esa lectura de la falta propia –ahora lo digo yo– la podría hacer en un análisis y así incluirse en un imposible linaje materno.

En *El corazón del daño*, Alejandra muestra a una niña kleiniana, sumida en el desamparo, *hilflosigkeit*, en la angustia más radical. No cesa de decir sí a esa monstruosa madre y también la narradora –y esto es lo más interesante– dice que escribe sobre el cuerpo de la madre, con el cuerpo de la madre. Las dos escenas que Alejandra recorta: la niña reducida a una mirada a tal punto que ella dice “yo era la luz de sus ojos” y la niña a punto de encontrarse con su deseo, abismo del escote y pechos nacies. La niña cierra los ojos, no quiere saber lo que ya sabe. Pero es la primera vez que no le cuenta eso a su madre, tiene un secreto, también ella.

Lo que ya sabe aparece recién al final del libro como pregunta que la sitúa en un linaje. Cito a María Negroni: “Empecé a preguntarme cosas: qué clase de niña fuiste –yo agregó: qué clase de niña fuiste para tu madre– por qué el asma, cuándo empezaste a sufrir”.<sup>4</sup> Lo real, dice Lacan, aparece como pregunta, es decir, la respuesta ya está antes. Se pregunta por el síntoma de su madre. Hay un síntoma que se transmite de madre a hija: la imposibilidad de respirar. Si leen el libro, van a ver –Alejandra estará de acuerdo– que a cada momento ella habla de que no puede respirar. El asma, que hace sus vidas irrespirables. Si le sacamos la s: él ama. En algún lugar hay un él, en algún lugar hay falo. Él ama siempre la *famil*. La familia es un amor que se confronta con un vacío abismal, se confronta a Otro radicalmente Otro.

La autora alude, sin nombrarlo, a Schopenhauer, el mundo como voluntad y representación. Pero esa voluntad es una voluntad inconsciente. Es un “hágase su voluntad”, la mística decía “si es su voluntad, arrójame al infierno”. Lo mismo dice Negroni: “me arrojé a la hoguera”. Las metáforas de ese Otro, a cuya voluntad me entrego, ese abismo sin nombre, son muy interesantes. Son las del lobo, el hambre insaciable, lo abierto, el agujero negro, la falta de límites.

Para mí es obvio que María Negroni ha leído bastante a Lacan. Se ha analizado no sé si con un lacaniano. No parece, cita una vez al analista. Pero sí ha leído a Lacan porque es como que lo sigue al pie de la letra. Su escritura trata de anudar lo real como límite, lo simbólico como agujero, lo imaginario como daño.

¿Lo logra el personaje? ¿Incluso muerta, su madre le hace más daño? Es decir, ¿su madre es culpable? Lacan advierte: “Tú no me debes nada allí desde donde te devoro”.<sup>5</sup> Una frase extraordinaria. ¿Habrá pagado el personaje, y la autora, por el saber que se recubre con un saber experimentado de la relación sexual que aprehende el punto de infinito, atolladero imaginario, aporías simbólicas y el límite de lo real? Les diré algo: en este libro la relación sexual no existe en muchos sentidos. Nada más.

Pablo Russo: Una pregunta puntual a Graciela sobre lo que acaba de decir. ¿La frase "no me debes nada allí donde te devoro" es de Negroni?

Graciela Musachi: No. La frase es de Lacan. Donde la autora se siente culpable ante el lobo que la devora, Lacan dice "tú no me debes nada allí desde donde te devoro". Es decir, es la estructura. Eso pasa, a ver cómo te arreglás con eso, no se trata de culpables ni de culpar al otro.

Mónica Torres: Tomaste el *Seminario 16*, que es el seminario al que hace referencia Miller en su curso *Extimidad*. Miller encuentra en ese seminario, que va del Otro con mayúscula al objeto *a*, el concepto de *extimidad*. Además, Lacan allí toma toda la cuestión de la diferencia entre la perversión y la neurosis, Miller lo hace en *Extimidad* y también en *Illuminaciones profanas*.

El neurótico está completamente tomado por la cuestión de la *extimidad*, mucho más que el perverso. Atribuye al Otro su objeto de goce. Toda la cuestión es cómo separar eso. Creo que eso está muy claro en los dos ejemplos que traen. En el de María Negroni, el gran Otro es la madre. En el de María Luisa, es el padre. Pero en ninguno de los dos casos está reconocido el propio objeto de goce.

Es formidable que hayas traído el *Seminario 16*. Vos hacés una lectura de una María Negroni kleiniana, de una niña keininiana. Estaría completamente de acuerdo con eso. Habrá leído a Lacan, pero no lo entendió.

Lo otro que me pareció muy interesante que trajeron es el artículo de Freud, "Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica", que es de 1915, anterior a todo lo que escribe sobre la feminidad. En realidad, habría que decir *aparentemente* contrario a la teoría psicoanalítica, porque lo que quiere demostrar es que no es contrario. ¿Cuál es la teoría psicoanalítica? Es la teoría sobre la paranoia de Freud, en la que siempre el perseguidor tiene que ser del mismo sexo que el perseguido. Este texto, este caso, aparecía como contrario a la teoría porque el perseguidor era un hombre. Es un hombre que la lleva a tener sexo y ella se imaginaba que él puso a alguien a sacar una foto detrás de la cortina. Freud hace una relación entre el clic de la fotografía y el clic del clítoris, de la excitación clitoriana. Parece que el perseguidor entonces es un hombre. Es un compañero de trabajo que la ha llevado a tener relaciones sexuales a un departamento y que tiene a alguien escondido detrás de la cortina sacando fotos. El secreto está en el para quién es la foto. El temor de ella es que esa foto sea entregada a la jefa. O sea, ahí aparece alguien del mismo sexo...

Graciela Musachi: La madre. No, la madre no, perdóname, es la mirada de la madre lo que está en juego. La madre espía.

Mónica Torres: Exactamente, la madre espía. La madre estaría espiando todo el tiempo su cuestión sexual cuando esta aparece. Aparentemente, no es que Freud explique mucho más, esto impide que ella pueda tener acceso a un hombre, que es lo que vos tomabas de la relación sexual. A mí me parece que hay algo de esto en el libro de María Negroni.

Graciela Musachi: Cuando yo decía que la relación sexual no existe, en varios sentidos, es que la tipa no habla de sus relaciones sexuales, no habla de su goce

femenino. Creo que incluso explícitamente, no sé si Alejandra se acuerda, dice que no tenía grandes relaciones carnales con su compañero. No aparece el cuerpo en tanto gozoso, no aparece en su erotismo. Queda todo reducido a la histeria.

Alejandra Antuña: Está dicho en la escena en que ella juega con el escote, ella dice bajé la persiana.

Graciela Musachi: Sí, dice que no le interesaba mucho el sexo con el compañero.

Mónica Torres: Ella está profundamente interesada en la madre. La relación con la madre impide que ella tenga acceso a otra cosa, como en el caso de paranoia. Este no es un caso de paranoia, pero en el libro de María Negroni está también el objeto de la mirada. Quiero decir que me parece un hallazgo haber recortado esas dos cuestiones.

En el caso de Miss Mary la cuestión es otra, porque está más referida al patriarcado, es como más antigua. La película también es mucho más antigua que el libro de María Negroni.

Graciela Musachi: Sí, pero ahí también se da la identificación de una de las chicas con la madre, se ve al padre como síntoma... No conocemos el síntoma del padre, pero aparece como síntoma para todas. La directora está buscando los efectos de ese síntoma en los hijos.

Elsa Maluenda: Yo me quedé pensando en algo. Escribí "el hijo que hace esta trasgresión de acostarse con la institutriz" pero después lo volví a leer y me pregunto si es una trasgresión. Porque en esas familias tradicionales de esos años tener relaciones sexuales con la empleada, con la institutriz...

Graciela Musachi: No importa, porque el deseo de trasgresión está igual. El deseo de acostarse con la mucama no es nuevo.

Pablo Russo: Quiero subrayar algo de lo que me parece trae el comentario excelente de Graciela. Casi como una indicación clínica, porque Graciela ubica al padre más del lado de la subsistencia y a la madre, del abismo, casi en una conexión con el hiato del significante en la estructura, la Cosa de la estructura. Ahora, está así en el último Lacan y Graciela nos dice algo que ya está en la clínica de Freud. Uno, en general, cuando tiene entrevistas preliminares y empieza un análisis, le pregunta a los sujetos por la novela familiar. ¿Qué hacían los padres? ¿Cómo era la vida familiar? Recuerden la infancia y la familia. Muy bien, pero la cuestión no es el efecto que los padres han tenido sobre los hijos, sino la cuestión son los síntomas de los padres.

Me quedé pensando que en realidad Freud siempre va a buscar los síntomas de los padres. La tos de Dora, la impotencia del otro, el que no puede con la mujer en Juanito, etc. Me parece algo clave incluso hoy. Es fundamental traer los síntomas de los padres.

Graciela Musachi: Por supuesto. No hay más linaje que los síntomas.

Mónica Torres: Claro. Por eso es que al final el padre mismo está definido como síntoma.

Graciela Musachi: Eso empieza en el *Seminario 11* con el pecado del padre. Después ese pecado se transforma en un síntoma.

Mónica Torres: El padre, en María Negroni, no aparece para nada.

Graciela Musachi: Sí, aparece como un amor un poco idealizado.

Mónica Torres: Sí, pero no tiene encarnadura sobre ella. La encarnadura es con la madre.

Graciela Musachi: Un amor más pacífico digamos, un amor sin odio.

Mónica Torres: No es la pasión que tiene con la madre.

Alejandra Antuña: Aparece el padre por el lado de la alegría. Más vital, una cosa más vital.

Mónica Torres: Sí, pero ella no escribe sobre eso. Escribe sobre su relación con la madre.

Graciela Musachi: Lo que sí me llama la atención es que toda la relación de la madre con el padre no lo tocó al padre que ella tiene, digamos. Ella tiene un padre que no ha sido tocado por la versión de la madre de ese padre infiel, jugador, malvado, que se va. Eso es raro, no sé si es verosímil.

Mónica Torres: Está en el sufrimiento de la madre algo de eso.

Graciela Musachi: Claro, pero ella no se pone del lado de la madre. Hay hijas que se ponen del lado del padre cuando ven que la madre hace cosas raras.

Pablo Russo: Acá hay una pregunta dirigida a Elsa. Voy a tratar de traducir porque está en portugués. Me parece que trae otra dimensión de la conversación de hoy, otro tema un poco más actual y social. Dice Alberto D.: "pensando en que la tiranía nace en el deseo de servir, que el pueblo el que genera su propio infortunio, cómplice de los tiranos. La tiranía no es un acto de fuerza o violencia de un hombre o de un grupo de hombres. Mi pregunta es cuál es la relación de esta definición con la familia".

Elsa Maluenda: Es lo que traté de decir en los primeros párrafos. Relacionar la servidumbre al amo político, rey, emperador, etc. de aquellos que, como subrayaba Graciela, se someten por la costumbre, ignorancia o interés, y que en la familia se replica no solo por la etimología sino por lo que venimos trabajando y por las posiciones de cada quien en la familia. Se repite esa servidumbre a los goces y a los síntomas que a su vez cada quien porta por su relación a la familia. Me parece que esa es la relación que traté de explicar.

Pablo Russo: ¿Cómo podemos pensar esto hoy? Si una familia está sentada a la mesa, no cada uno con su síntoma, sino cada uno con su celular, uno podría decir somos siervo, como vos planteabas al final de tu trabajo, del amo del mercado que empuja a que cada uno decida su goce, su autopercepción, su nombre, su elección sexuada. Aparece el tema entre los psicoanalistas de los niños, anticipando quizás algo de la próxima, de los niños tiranos. Niños que tienen tanto por elegir y cuyos padres están preocupados por defenderlos, que no les falte nada.

Elsa Maluenda: Se multiplican las tiranías y las servidumbres.

Graciela Musachi: No se olviden que Freud decía que *his majesty the baby*. Esto no es nuevo.

Mónica Torres: Exactamente, pero nunca como ahora.

Elsa Maluenda: Retomando lo que decíamos antes del sometimiento, la tiranía y la sumisión. Hay una frase del libro de Negroni que había subrayado que me parece es preciosa en ese sentido. Dice: "Qué estrategia tortuosa la sumisión". Con esa frase no hay mucho más que agregar.

Pablo Russo: Sobre la cuestión de la servidumbre voluntaria, la frase que leyó Elsa de Negroni, Silvina en el chat agrega: "el ser humano es el único animal que necesita un amo para vivir".

Graciela Musachi: ...si uno no olvida que siempre es el significante amo, eso se entiende perfectamente. Es lo que lo sostiene.

Pablo Russo: Una muy provocadora conversación en la cual nos insiste, como nos pasa en todo este año, el tema de la madre. Debe ser algo que está en la época y en la clínica. Vamos a hablar de la familia... aparece la madre.

Alejandra Antuña: Me parece que es interesante lo que traía Graciela. Poner el acento en la cuestión de la salida. Esta clase trae un poco de eso.

Graciela Musachi: Me sorprendió mucho que Lacan hable de ese modo de la experiencia del coito. Esto está en el *Seminario 16*, y no es un seminario muy conocido.

Mónica Torres: Porque quedó eclipsado por el 17. En realidad el 16 es otra cosa, dice otra cosa. No se puede dejar de leer el *Seminario 16*.

Pablo Russo: Yo creo que no hay uno sin el otro. En uno arma la consistencia lógica del objeto *a* para poder meterlo en los discursos, saliendo de la teoría del gran Otro. Después aplica eso a las sociedades, a los lazos sociales, lo extiende. Uno acompaña al otro.



Mónica Torres: Hay una cosa que dice, que también la tomaste Graciela. Él está tomando la teoría del gran Otro y de la Cosa en el entrecruzamiento entre Freud y Heidegger a la altura del *Seminario 16*. Entonces, escribe gran Otro sobre la Cosa. El gran Otro es la muerte de la Cosa en el lenguaje que deja como resto al objeto *a*. Pero hay algo, que me pareció escucharte, que ponía más a la madre del lado de la Cosa y al padre, del lado del gran Otro. Eso te lo pregunto.

Graciela Musachi: Lacan se desliza, cuando habla del Otro con mayúscula, por muchos lados. Acá está este Otro irreductible, que no es el padre. Finalmente el Otro, para Lacan, es el cuerpo. Creo que está en ese camino acá, cuando habla de la estructura. ¿Qué es la estructura? Es RSI, es ese nudo imposible del cuerpo.

Mónica Torres: Todavía no lo tiene en el *Seminario 16*, pero me parece un antecedente distinto. Porque esa estructura del Otro sobre la Cosa sería la que aparece en los discursos, bajo la forma de  $S_1$  que sería el Otro, el sujeto barrado que sería la Cosa. Es la lectura que Miller hace del *Seminario 16* en *Extimidad*.

Todo esto nos lleva a estudiar varias cosas. Muchas gracias a Graciela, Alejandra, Elsa y a todos los que han colaborado. Hasta la próxima.

*Desgrabación: Ana Clara Barandela González*  
*Establecimiento: Alejandra Antuña*  
*Versión no revisada por la autora*

## Bibliografía

- Negroni, M., *El corazón del daño*, Random House, Bs. As., 2021.  
de La Boétie, É., *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, Interzona, Bs. As., 2015.  
Lacan, J., *El Seminario, Libro 16, De un Otro al otro*, Paidós, Bs. As., 2009.  
Lacan, J., “El atolondradicho”, *Otros escritos*, Paidós, 2012.  
Lacan, J., “Juventud de Gide o la letra y el deseo”, *Escritos 2*, Siglo XXI, Bs. As., 2003.  
Lacan, J., “Ideas directivas para un congreso sobre sexualidad femenina”, *Escritos 2*, Siglo XXI, Bs. As., 2003.  
Freud, S., “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica” (1915), *Obras completas*, Vol. XIV, Amorrortu, Bs. As., 1992.  
Musachi, G., “Las hadas buenas”, *Encanto de erizo*, Katz, Bs.As., 2007.

## Películas

- Miss Mary*, María Luisa Bemberg, Argentina, 1986.  
*If...*, Lindsay Anderson, Reino Unido, 1968.

## Notas

- 
- <sup>1</sup> Ver Musachi, G., “Los tres de Lacan”, publicado en la edición impresa de la revista *Enlaces* n° 28.  
<sup>2</sup> Lacan, J., *El Seminario, Libro 16, De un Otro al otro*, Paidós, Bs. As., 2009, pp. 266-268.  
<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 306.  
<sup>4</sup> Negroni, M., *El corazón del daño*, Random House, Bs. As., 2021, p. 131.  
<sup>5</sup> Lacan, J., *El Seminario, Libro 16,...*, óp. cit., p. 341.